

Editorial

42

En Occidente, entre quienes disfrutaban de ella, hace décadas que está de moda hablar mal de la democracia formal.

Al adjetivo *formal* se le da un carácter peyorativo, como si fuera negativo carecer de contenido. Como si la forma fuera algo en sí mismo insustancial y gratuito.

O como si encubriera cierto contenido inconfeso. Así sucede, por ejemplo, cuando se da por hecho que la democracia *formal* no es otra cosa que una democracia *burguesa* que oculta su verdadero contenido.

Frente a la cual se afirma, orgullosa, la democracia *popular*. Entendida ésta como la democracia *del pueblo*. El problema, claro está, una vez que la cosa queda formulada así, es quién decide quién es y quién no es pueblo, quién tiene o no derecho a disfrutar de *esa* democracia.

Este es, por cierto, el momento en que debiera recordarse que la novedad de la democracia estuvo siempre en su carácter formal, pues

solo de ese modo, sin adjetivos que la semanticen en exceso, puede serlo para todos, para cualquiera y para cada uno, con independencia de sus particulares circunstancias, creencias o modos de ser.

Y así sucede que, en cuanto se elimina ese carácter formal de la democracia, en cuanto llega el adjetivo que acaba siendo siempre sustractivo, éste se convierte en instrumento de exclusión de uno u otro sector social y, sobre todo, de todo individuo que no haga pública adhesión a lo que ese adjetivo nombra.

Se olvida entonces el valor esencial de la forma. Pues no solo es ella la que alumbró los nuevos contenidos, sino también, y sobre todo, la que *da forma* y así contiene pulsiones que, por sí solas, tienden a derivar en odio.

Por lo demás, si algo demuestra la superioridad de la democracia, en su ser formal, sobre cualquiera de esos sucedáneos adjetivados –hay muchos otros: democracia orgánica, democracia proletaria, democracia nacional...– es el hecho de que donde la hay se conocen, se hacen públicos, se denuncian y se condenan casos de corrupción.

En cambio, nada de eso sucede en las democracias adjetivadas. Pues desde que el adjetivo llega, como por arte de magia, o más bien por voluntad de exorcismo, no la corrupción pero sí la palabra que la nombra desaparece por la expeditiva vía de ser decretada inexistente.

Y es que a la democracia le sucede lo mismo que al realismo: cuando se lo adjetiva deja de serlo. Tal es el caso, de todos conocido, del célebre y nada realista realismo *socialista*.